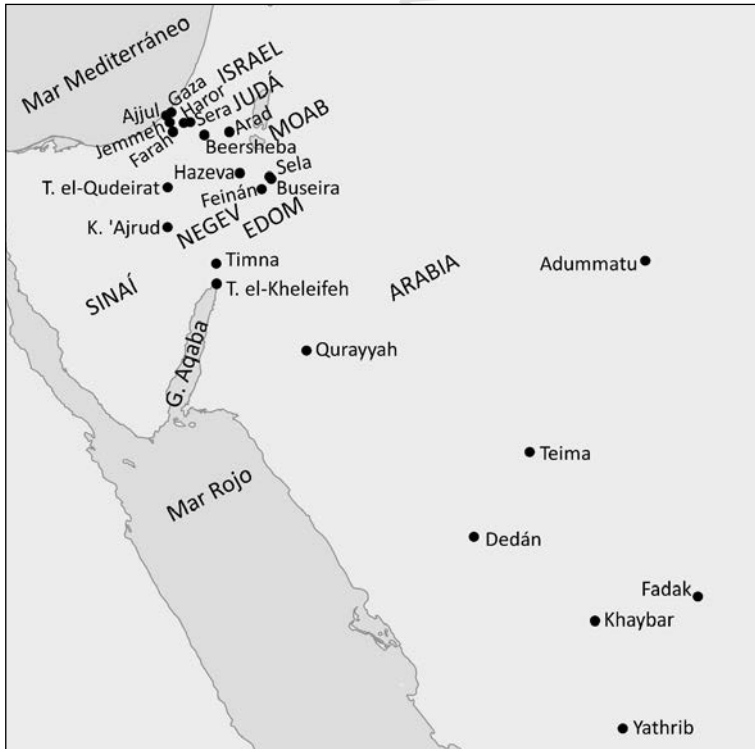


“TODOS LOS REYES DE LA ARABIA”: LA EMERGENCIA DE SOCIEDADES COMPLEJAS EN EL NORTE DE ARABIA Y EL LEVANTE ÁRIDO EN EL PRIMER MILENIO A.C.

Juan Manuel Tebes¹

Introducción

El primer milenio a.C. constituyó un punto de inflexión para las sociedades que vivían en el norte de Arabia y los márgenes áridos del sur del Levante (ver Mapa).



1 Universidad Católica Argentina-CONICET.

Por primera vez en su historia, los pueblos locales se organizaron en entidades políticas independientes como Edom, Taima, Dedán y otras diversas confederaciones tribales árabes. Es cierto que se trataba de entidades muy dispares en complejidad social (estados, jefaturas, tribus, ciudades-estado), inestables y vulnerables a factores externos, pero sin embargo eran reconocidas como comunidades autónomas por las potencias imperiales de la época. Aunque el sistema de subsistencia más distintivo continuó siendo el semipastoreo móvil, por primera vez las sociedades locales se incorporaron de forma completa al sistema económico del Cercano Oriente, a la vez que las rutas comerciales de siglos de antigüedad se extendieron ahora a regiones alejadas de las redes comerciales tradicionales, como el sur de Arabia. Es cierto que en su mayor parte se unieron como periferias económicas, suministrando recursos minerales como el cobre y bienes pastorales a las sociedades del Medio Oriente fértil, pero también actuaron como intermediarias en uno de los circuitos comerciales más lucrativos conocidos hasta la fecha: el comercio de productos aromáticos del sur de Arabia.

Reyes, reinas, jefes y tribus

Durante las últimas décadas se ha puesto de relieve el carácter predominantemente tribal de las sociedades que vivían en el norte de Arabia y los márgenes áridos del Levante en el primer milenio a.C. El estudio de las pocas fuentes escritas que han sobrevivido de este período nos da una idea del mundo local de las tribus y confederaciones tribales. Estas tribus se caracterizaban por ser grupos localizados en los cuales el parentesco (y en algunos casos el territorio) era el principal lenguaje de asociación y la segmentación el principio fundamental de organización social². La organización por segmentos proporcionaba un marco social altamente flexible a las comunidades nómadas, ayudando a resolver cuestiones de diversidad ecológica, problemas de transporte, diversidad de condiciones políticas y acceso a pasturas distantes (¡y a potenciales parejas!) a grupos que se desplazaban a través de territorios discontinuos.

Las tribus no eran entidades estáticas y aunque proporcionaban un marco cohesivo para la vida diaria de los grupos semipas-

2 Bienkowski & van der Steen (2001); Bienkowski (2009); Routledge (2000; 2003); Tebes (2013: 27-37).

torales móviles, también eran muy inestables y se veían fácilmente afectadas por la influencia de los estados vecinos, por lo que se disolvían tan rápidamente como emergían. También eran propensas a desarrollar desigualdades sociales y, dada la combinación adecuada de circunstancias, podían convertirse en entidades políticas de nivel de jefatura dirigidas por “jefes”, “jeques” o “reyes”, términos modernos que por supuesto ocultan una alta diversidad. Por lo tanto, la historia política de los márgenes áridos del sur del Levante y el norte de Arabia en el primer milenio a.C. no es más que la historia de los sucesivos ciclos de formación y disolución de tribus y jefaturas. A grandes rasgos, se pueden identificar dos fases principales de este tipo, ellas mismas relacionadas con los dos “auges” mineros y comerciales que impactaron en las sociedades locales (Tebes, 2013: 39-69). El primer ciclo tuvo lugar entre los siglos XI y IX a.C. y se caracterizó por la aparición y el colapso de jefaturas en Feinán, el norte del Negev y el norte del Hejaz, sobre la base de los ingresos procedentes de la explotación y el comercio de las minas de cobre del Arabá. El segundo ciclo se extendió entre finales del siglo VIII y el VI a.C. y se caracterizó por el desarrollo de las ciudades en oasis, confederaciones tribales y jefaturas, a lo largo de las rutas del comercio arábigo en el norte de Arabia, el sur de Transjordania y el Negev.

Desafortunadamente, las fuentes escritas son muy parcas respecto de la organización interna de estas sociedades. Algunas de sus características pueden vislumbrarse en una fuente extraordinaria, la Estela del rey Mesha de Moab, un pequeño reino de Transjordania sur-central, datada en *ca.* 850 a.C. Esta inscripción pinta un cuadro ideal del reino de Moab, compuesto de unidades definidas por el territorio más que por la descendencia y que formaban una clara jerarquía de cuatro niveles de segmentos. En el nivel superior se encontraban las unidades más grandes identificadas con la frase “tierra (*ʿrs*) de X”, tales como la “tierra de Atarot” o la “tierra de Madaba”, incorporando también regiones y ciudades; los segmentos inferiores se identificaban con la expresión “hombres (*ʿš*) de X”, como “hombres de Sharon” y “hombres de Maharoth” (Routledge, 2000). Por supuesto, mucha de esta terminología es definitivamente propaganda propia de Mesha, pero los escribas locales no pueden haber creado una organización social de cero. Lo mismo sucede con el lenguaje del parentesco y el político presentes en la Biblia hebrea. Aunque en

textos de diversa índole y datados en diferentes épocas, la fuente bíblica presenta una sociedad israelita ideal en la que la unidad básica era la familia (*byt 'b*, “casa del padre”), el núcleo sobre el que se asentaban las unidades territoriales más grandes definidas como “tribus” (*šbt* o *mṯh*) y “clanes” (*mšpṯh*) (Perdue *et al.*, 1997). De manera similar, el análisis de los ostraca idumeos del período persa-helenístico revela una sociedad compleja basada en grandes clanes, pero los textos se limitan a las fórmulas habituales “de/ de los hijos de” (*lbny, mn bny*) o “o/de la casa de X” (*lbyt, mn byt*) (Yardeni, 2016: 21-31).

En cuanto a los gobernantes de estas entidades políticas, la mayoría de nuestras fuentes, ya sean anales reales, textos proféticos, transacciones comerciales, documentos administrativos o inscripciones votivas, no exhibe tales niveles complejos de terminología. La Biblia emplea ocasionalmente los términos “todos los reyes (*mlk*) de la Arabia” (1 Re 10: 15; 2 Cron 9: 14; Jer 25: 24) o “todos los príncipes (*nsy*) de Quedar” (Eze 27:21), pero estas son expresiones genéricas que no refieren ni a un título real ni a una dinastía en particular. Las fuentes neosirias mencionan a menudo la existencia de “reyes” (*šarru*) y “reinas” (*šarratu*) en Arabia, aunque estos términos nos dicen más acerca de la ideología de los escribas imperiales que sobre las condiciones sociopolíticas reales en Arabia. Estos escribas muy probablemente rotulaban sin muchos matices a la hora de referirse a los gobernantes de tierras extranjeras (Anthonioz, 2015: 38): a los ojos de los asirios, todos los gobernantes eran “reyes”, incluso jefes y jeques tribales (ver Tebes, 2013: 135, para el caso similar de Edom). Como veremos, no sabemos casi nada acerca de los quedaritas, una de las organizaciones tribales más importantes del norte de Arabia y el Negev en los períodos asirio y persa, excepto que tenían reyes (¿y reinas?) y al menos una fuente (y probablemente dos) menciona una línea de descendencia real masculina con la frase “hijo (*br* o *bn*) de X”.

Edom

Nuestra primera evidencia textual sobre Edom son los textos egipcios del Reino Nuevo que describen la presencia de grupos nómadas llamados *shasu*, usualmente asociados con los nombres Edom y Seir, que reaparecerán siglos después en las fuentes bí-

blicas y asirias. Estos pueblos nómades son probablemente los que para principios de la Edad del Hierro iniciaron complejas operaciones mineras y metalúrgicas en la región de Feinán, la mayor fuente de cobre en el sur del Levante. Las razones de este repentino interés en la minería no están claras, aunque se lo ha atribuido al final de los contactos con Chipre, el proveedor tradicional de cobre a Egipto y el Levante durante el II milenio a.C. La fundación en el siglo X a.C. de estructuras fortificadas a lo largo de las orillas de los wadis, como las excavadas en Khirbet en-Nahas y Khirbet al-Jariya, rodeadas de edificios especializados y grandes montículos de escoria de cobre, requería niveles tales de capacidad de gestión y organización que probablemente indican la presencia de una entidad política de nivel de jefatura controlando todo Feinán. Los investigadores que excavaron estos restos arqueológicos sugieren que este período constituye los comienzos del “reino” de Edom (Levy, Najjar & Ben-Yosef, 2014). La minería del cobre en Feinán finalmente se detuvo o se redujo a un nivel mínimo a finales del siglo IX a.C., probablemente tras la reanudación de los intensos contactos comerciales con Chipre. No es casualidad que la jefatura Feinán haya dejado de existir al mismo tiempo, y la referencia a Edom en una lista de pueblos sirio-palestineses subyugados por Adad-nirari III (ca. 803) es probablemente una alusión a la aún existente entidad política de Feinán, ahora tributaria de Asiria (Tebes, 2013: 31).

Poco se sabe sobre los orígenes del Edom de la Edad del Hierro II. Los textos bíblicos tardíos que describen la existencia de reyes en Edom en períodos muy antiguos (Bartlett, 1989) no pueden considerarse fuentes válidas para la historia edomita temprana. Aunque es obvio que estos textos fueron probablemente redactados en un período posterior cuando hay evidencias extra-bíblicas de “reyes” en Edom, posiblemente puedan tener algún núcleo histórico verdadero, tal vez relacionado con recuerdos lejanos de la jefatura de Feinán.

Mucho más se sabe gracias a las referencias en las fuentes asirias, la mayoría de las cuales está interesada en el papel de Edom como país tributario. Se conocen tres “reyes” de Edom, todos ellos datados entre finales del siglo VIII y mediados del VII a.C: Qausmalak (Tiglat-pileser III), Ayarammu (Senaquerib) y Qaus-gabri (Asarhadón y Asurbanipal). Hasta la fecha no se conocen inscrip-

ciones de estos reyes, con la excepción de una impresión de sello encontrada en Umm el-Biyara con la inscripción “Qos-Gabr, rey (*mlk*) de Edom”, probablemente el Qaus-gabri de las inscripciones asirias (Millard, 1992). Por lo poco que dicen estos textos asirios, se puede decir que Edom nunca fue conquistado u ocupado por los asirios. La única vez que los ejércitos asirios estuvieron probablemente presentes en Edom fue durante las guerras árabes de Asurbanipal, cuando las operaciones militares contra los árabes incluyeron acciones en toda Siria y Transjordania (Tebe, 2016a).

Las excavaciones en los yacimientos localizados en las tierras altas edomitas han revelado un patrón de asentamiento de dos niveles, con un sitio grande y complejo (Buseira) con todos los atributos materiales comúnmente presentes en los sitios urbanos del Levante, y un variopinto conjunto de pequeños sitios ubicados cerca de áreas agrícolas o en lugares de montaña de acceso restringido. El sitio de Buseira está situado en una estribación fácilmente defendible, con acceso a la antigua “Carretera del Rey” en el este y cerca de la zona de producción de cobre de Feinán al suroeste. Al igual que las ciudades asirias y levantinas de la misma época, el trazado de la ciudad se dividía entre una ciudad superior (oficial) y otra inferior (doméstica). La ciudad alta contenía edificios monumentales construidos sobre un terraplén profundo o montículo, identificados como un “palacio” y un complejo de “templo”, estructuras similares a los edificios de “patio abierto” que eran comunes en Asiria, Siria y el Levante en el mismo período (Bienkowski, 1995: 139-141; Routledge, 2003). Algunos estudiosos han visto en la clara influencia extranjera en la arquitectura de Buseira una evidencia de que los asirios establecieron centros administrativos en Edom, tal como lo habían hecho en otros puntos del sur del Levante (Finkelstein, 2013: 23). Sin embargo, las fuentes textuales asirias identifican claramente a Edom como un país tributario donde la presencia militar asiria era, en el mejor de los casos, esporádica. Las peculiaridades arquitectónicas de Buseira pueden más bien interpretarse como la emulación por las élites locales de los diseños de construcción importados de los centros de civilización de la época, especialmente de Asiria. Que esta interpretación va en la dirección correcta puede verse en las grandes cantidades de “cerámica edomita” encontrada en Buseira (también conocida como “cerámica pintada de Buseira” o

“Cerámica de Transjordania Meridional-Negev”) (Tebes, 2013: 87-109), un grupo distintivo de vasijas decoradas dentro de las cuales destacan finos cuencos carenados que son claramente imitaciones de la “cerámica palatina asiria” popular en los centros provinciales asirios de Siria y el Levante. Al igual que las clases altas modernas cautivadas por la alta cocina francesa e imitando las ideas francesas sobre urbanismo y arquitectura, la clase dominante que vivía en Buseira asociaba el uso de sus finas vasijas con los rituales de bebida de las élites provinciales asirias.

Lo que llama la atención es la singularidad de Buseira en el conjunto de los sitios de las tierras altas edomitas, caracterizados por ser pequeñas aldeas o caseríos de una sola etapa, como Tawilan y Ghrareh, o comunidades de montaña como Umm el-Biyara y Sela. Estos sitios contenían estructuras domésticas y de almacenamiento y en algunos casos cisternas, restos de murallas y torres (¿para defensa o utilizadas como corrales de animales?), mientras que la cultura material era muy sencilla, incluyendo versiones sin decorar de la cerámica encontrada en Buseira (Tebes, 2013: 121-130). Una notable excepción a este patrón es la gran fortaleza fundada en Tell el-Kheleifeh, cerca del Golfo de Aqaba, probablemente un puesto militar diseñado para controlar el lucrativo tráfico de mercancías arábigas que pasaba por la zona.

Es evidente que Edom no puede incluirse en la misma categoría de las sociedades de nivel estatal que era típico del antiguo Cercano Oriente. Las nuevas investigaciones han abordado el problema de la ausencia de pruebas arqueológicas de estatalidad haciendo hincapié en el tribalismo como el factor más importante de la sociedad edomita. Así, Edom ha sido identificado como un “reino tribal” o una “sociedad segmentaria”, un sistema organizacional compuesto de tribus y confederaciones tribales vagamente vinculadas con una monarquía supratribal basada en Buseira³. Sin embargo, estos estudios no pueden explicar la ausencia de evidencias de una entidad política unificada bajo la élite de Buseira. Por el contrario, los datos arqueológicos encontrados en los yacimientos edomitas indican que las poblaciones locales tenían un alto grado de autonomía con respecto a los acontecimientos que tenían lugar en Buseira. Según una interpretación minimalista de las pruebas

3 Bienkowski & van der Stehen (2001); Porter (2004); Bienkowski (2009).

disponibles, Edom puede mejor interpretarse como una jefatura basada en Buseira, cuyos “reyes” ciertamente reclamaban la soberanía sobre toda la meseta edomita, pero en realidad ésta se limitaba solo al área de Buseira (Tebes, 2013: 121-135). El resto de las comunidades edomitas probablemente estaban organizadas de acuerdo a criterios tribales, mientras que su relación con Buseira se basaba en el intercambio recíproco y la entrega de bienes de lujo, la competencia y la guerra.

Poco se sabe sobre el fin de Edom como entidad independiente. Los investigadores están de acuerdo en que Edom fue uno de los principales objetivos de la campaña del rey babilónico Nabónido hacia Transjordania y el norte de Arabia, probablemente en el año 553. La Crónica de Nabónido registra una probable campaña contra Edom, y aunque la naturaleza fragmentaria de las crónicas babilónicas no permite una imagen detallada, la presencia de un relieve mal conservado de Nabónido en Sela es una clara confirmación de la soberanía babilónica sobre Edom (Da Riva, 2019). Aunque la conquista babilónica se refleja probablemente en las capas de destrucción encontradas en Buseira, Tawilan y Tell el-Kheleifeh, no hay una ruptura marcada en el registro arqueológico, mientras que las pocas fuentes epigráficas post-babilónicas y los restos materiales sugieren la continuación de la vida sedentaria durante el período persa. Esto es cierto para una tablilla cuneiforme encontrada en Tawilan fechada en el año de la ascensión de “Darío”, pero es difícil saber si se refiere al rey persa Darío I, II o III. Los hallazgos cerámicos en Buseira atestiguan la ocupación del sitio, aunque en una escala reducida, hasta finales del siglo III a.C. Estudios recientes han intentado cerrar la “brecha” entre los ciclos de asentamiento edomita y nabateo, y aunque es posible que en algunos lugares ambas ocupaciones se superpongan en el tiempo (Bienkowski, 2013), en el período nabateo la existencia de una entidad política edomita había terminado ya hacía mucho tiempo en el sur de Transjordania. Sin embargo, la identidad edomita estaba bien viva en las tierras al oeste, la región del Negev.

Negev

Aunque durante la Edad de Hierro el Negev nunca constituyó una entidad política unificada de la complejidad de Moab y Edom, la región gozaba de una ubicación estratégica fundamental, co-

nectando las redes comerciales arábigas con los puertos filisteos de la costa mediterránea, atrayendo así el interés de las potencias imperiales y de los estados levantinos que luchaban por el poder en el norte.

Después de un paréntesis de asentamiento durante la mayor parte del II milenio a.C., pequeños sitios como Tel Masos, Tel Beersheba y Tel 'Arad comenzaron a establecerse en el norte del Negev durante los siglos XI y X a.C. El caso más paradigmático del desarrollo temprano de entidades políticas autóctonas es Tel Masos, una jefatura que monopolizó brevemente el comercio del cobre de Feinán en el siglo X a.C. hasta que fue reemplazada por los poderes ascendentes de los reinos de Israel y Judá (Tebes, 2008: 59-76; Finkelstein, 2014: 95). A partir de finales del siglo X y hasta bien entrado el VII a.C., los pequeños pueblos no amurallados del norte del Negev evolucionaron hacia un complejo patrón de asentamiento de ciudades amuralladas (Tel Beersheba, Tel 'Aroer, Tel 'Ira, Tel Malhata, Tel Masos) y puestos fortificados (Tel 'Arad, Horvat 'Uza, Horvat Radum) bajo la égida de Judá, beneficiándose del comercio arábigo y de la economía agropastoral local. Se establecieron puestos fortificados en lugares estratégicos de las rutas desérticas del sur, como el fuerte de 'En Hazeva en el norte del Valle de Arabá y Tell el-Qudeirat en la frontera Sinaí-Negev (Tebes, 2008: 78-90; Finkelstein, 2014). Durante los siglos IX y VIII a.C. Israel, ahora bajo el paraguas de Asiria, disfrutó de un período de hegemonía sin precedentes sobre Judá, por lo que el interés comercial israelita se extendió hacia el árido sur. El sitio de Kuntillet 'Ajrud fue fundado en el noreste del Sinaí por la monarquía israelita en una ubicación estratégica en la ruta Dharb el-Ghazza, controlando así el tráfico entre el Golfo de Aqaba y el Mar Mediterráneo. Su abandono posterior y el establecimiento de grandes fortalezas en Tell el-Kheleifeh y 'En Hazeva pueden atribuirse a la sustitución de Dharb el-Ghazza por la ruta Edom-Valle de Beersheba como arteria principal del tráfico comercial arábigo (Finkelstein, 2013).

A excepción de Kuntillet 'Ajrud y Tell el-Qudeirat en el Sinaí-Negev, las regiones central y meridional del Negev eran de facto tierra de nadie, y los estados del norte luchaban por el control de las rutas comerciales emergentes. La mayor parte de lo que sabemos proviene de inscripciones asirias que describen las diversas campañas militares llevadas a cabo en el sur del Levante

desde finales del siglo VIII a.C., fuentes que nombran a algunos de los reyes de las ciudades-estado locales y a los jefes árabes del noroeste del Negev con los que tuvieron que lidiar los reyes asirios. Los intereses asirios en el Negev eran dobles: convertir la región en una zona tapón con respecto a Egipto, y mantener su supremacía comercial mediante la apertura de puestos comerciales cerca de la frontera egipcia y el control de las rutas desérticas del comercio arábigo.

El punto final del comercio árabe en el Negev era la importante ciudad de Gaza y una serie de ciudades-estado situadas a lo largo de los dos ramales principales que desembocan en el Mediterráneo, entre ellos Tel Sera' (Ziklag) y Tel Haror (Gerar) a lo largo del Nahal Gerar, y Tell el-Far'ah (Sharuhén), Tell Jemmeh (Arza) y Tell el-Ajjul (Shirhon) a lo largo del Nahal Besor (Ben-Shlomo, 2014). En la medida en que estas ciudades se sometían a Asiria, conservaban un grado de independencia que era suprimido sin piedad en caso de revuelta, como le ocurrió al rey Hanun de Gaza en 734 (Tiglat-pileser III) y en 720 (Sargón II), y al rey Asuhili de Arza en 679 (Asarhadón). Los asirios establecieron puestos fortificados y centros administrativos en lugares claves a lo largo de las rutas que conectaban el Levante con Egipto, y cuyos restos han sido excavados en Tel Ruqesh y Blakhiyah (Anthedon) en Gaza, Tell Jemmeh, Tel Haror y Tell Abu Salima en la costa nororiental del Sinaí.

Los encuentros asirios con los árabes locales se limitaron al noroeste del Negev. Estos pueblos no solo estaban plenamente integrados en las redes comerciales mediterráneas, proporcionando la logística y la seguridad al comercio, sino que también algunos de ellos parecen haber vivido o dominado centros urbanos locales. Durante su campaña levantina en 734-732, Tiglat-pileser III subyugó y recibió tributo de Siruatti el Me'unita "cuyo (territorio) está por debajo de Egipto", nombrándole "supervisor" (*qēpu*). Después de su segunda campaña, nombró a Idibi'lu como "guardián (*atātu*) en la frontera de Egipto". Tiglat-pileser III también cuenta que, después de conquistar Gaza, "contó la ciudad de Gaza como una aduana (*bīt kāri*) de Asiria". Años más tarde (hacia 720), Sargón II estableció exiliados "en la frontera de la ciudad del arroyo de Egipto" (probablemente el Nahal Besor) y los entregó bajo la vigilancia del jeque (*nasiku*) de la ciudad de Labán. En otra fuente, Sargón II se jacta de haber abierto "el puerto sellado (*kāru*) de

Egipto” y mezclado asirios y egipcios, haciéndolos comerciar entre sí. Estos puertos o estaciones comerciales (*kāru*) aparentemente funcionaban como casas de aduanas para recaudar derechos sobre el tráfico comercial que pasaba por la zona. En 669, Asarhadón avanzó hacia el sur hasta el Sinaí con la ayuda de los camellos de “los reyes (*šarrāni*) de los árabes” (para estas referencias, ver Na’aman, 1979).

Uno de los fenómenos más interesantes de finales de la Edad del Hierro es el desarrollo de una comunidad étnicamente heterogénea en el norte del Negev, visible a través de una serie de diversos datos textuales, epigráficos y materiales. El aspecto más notable de los nuevos rasgos arqueológicos es la presencia de grandes cantidades de cerámica “edomita” en los yacimientos judaítas, incluyendo los finos cuencos decorados con influencia asiria que figuraban de forma tan prominente en Buseira (Tebes, 2013: 87-100). Aunque la mayoría de ellos constituían productos locales, dentro de la cerámica “edomita” encontrada en el Negev destacan las ollas fabricadas en el sur de Transjordania o en el norte del Valle del Arabá, lo que sugiere un flujo de personas y mercancías entre Edom y el Negev, siguiendo las rutas del comercio arábigo y los itinerarios de los grupos nómadas en busca de pasturas en los valles más fértiles del norte del Negev (Tebes, 2013: 103-109).

Sin embargo, este período de prosperidad fue de corta duración, ya que fue interrumpido por las campañas militares babilónicas y la caída final de Judá en 587-586. Las evidencias de destrucción en el Negev nos son esquivas: se cree que algunos sitios fueron destruidos, como Tel ‘Arad, Tel ‘Ira y Tell el-Qudeirat, pero otros parecen haber sido abandonados sin destrucción aparente, como Tel Beersheba, Tel ‘Aroer y Tel Masos. Los yacimientos no judaítas del noroeste del Negev sufrieron una suerte similar, ya que Tel Haror terminó con un final violento, aunque las evidencias de Tel Sera’ y Tell Jemmeh son menos claras. La fase de la Edad de Hierro en los tres sitios fue seguida por la ocupación persa. En lugar de un colapso abrupto de la organización estatal y militar en el norte del Negev, la evidencia parece apuntar más a una desintegración gradual de la autoridad de Judá en el área (Thareani, 2014). La mayoría de los yacimientos fueron abandonados durante el siglo VI a.C., aunque la zona no estaba desprovista de población, como lo demuestra la reciente evidencia epigráfica.

El colapso de la administración estatal en el Negev aceleró tendencias sociales a largo plazo que ya estaban operando a finales de la Edad de Hierro, permitiendo a diversos grupos étnicos tener una ventaja en los asuntos locales. Las evidencias epigráficas de los edomitas crecieron en número y ahora comenzaron a concentrarse en tierras al norte de los valles de Beersheba y 'Arad, tan al norte como Hebrón (Tebes, 2016b). En algún momento esta área comenzó a ser conocida como Idumea, ya sea a finales del siglo V o principios del IV a.C. como una unidad administrativa persa o a principios del período helenístico, cuando Diodoro Sículo atestigua la existencia de la “eparquía” o “satrapía” de Idumea. Los datos procedentes de aproximadamente 2.000 ostraca arameos procedentes de sitios idumeos, incluidos Laquis, 'Arad, Beersheba, Maresha y Khirbet el-Kom (Makkedah), muestran una vibrante comunidad multiétnica con diferentes etnias que convivían, se casaban entre sí y hacían negocios juntos (Yardeni, 2016). La gran mayoría de los ostraca datan de las últimas décadas del dominio persa y del período helenístico temprano y, por lo tanto, son testimonios de las etapas finales de cambios demográficos e identitarios a largo plazo que habían comenzado siglos antes. Aunque esta era una sociedad basada en unos pocos grandes clanes identificados por el nombre del cabeza de familia, las fronteras étnicas no eran rígidas; por el contrario, pocas personas mantenían la onomástica étnica de sus progenitores.

Al sur de Idumea se encontraban las vastas extensiones del Negev central y del Sinaí, habitadas por tribus nómadas árabes que controlaban las rutas desérticas del comercio de caravanas, de las que todavía tenemos muy poca información. Es probable que los persas, como los asirios lo habían hecho antes, subcontrataran la complicada logística de los viajes y el comercio en el desierto a las tribus árabes. Algunos hallazgos epigráficos, difíciles de datar y de interpretar, pueden relacionarse con los árabes locales del periodo persa (Graf, 2015). El primero es una inscripción votiva encontrada en Tell el-Maskhuta, en la frontera Egipto-Sinaí, que hace alusión a “Qaynu, hijo de Gashmu, rey (*mlk*) de Qedar”: el nombre Qedar es recurrente en los anales neosirios como una organización tribal con sus propios reyes (véase abajo). El nombre *gsh*m aparece también en una inscripción encontrada cerca de al-'Ula (Dedán) que menciona a “*gšm bn šhr* y '*bd* gobernante de

Dedán". Ambos nombres han sido relacionados con el "Gesem el árabe" que intrigó contra Nehemías (Neh 6: 1) y, si se mantiene la datación en el siglo V a.C. de la inscripción de Tell el-Maskhuta, ambos individuos podrían ser contemporáneos si no la misma persona. Aunque los quedaritas parecen haber sido una organización tribal árabe que controlaba el noroeste del Negev en tiempos de los persas y lo suficientemente poderosa como para producir y emitir su propia moneda, no hay pruebas que permitan suponer, como han hecho algunos estudiosos, que un gran reino quedarita se extendió por todo el margen árido del sur del Levante y el norte de Arabia.

Desierto sirio-arábigo

Contrariamente a lo que tradicionalmente se supone, los pueblos árabes que vivían en la estepa siria y el desierto de Arabia septentrional no fueron siempre sociedades nómadas; también vivían en ciudades en oasis y tenían una economía que estaba muy integrada en los tejidos de las sociedades urbanas de Siria y Mesopotamia. La economía predominantemente semipastoral se complementó con su participación en el comercio de productos arábigos. Dos factores, el uso del camello para los viajes y el rápido crecimiento del consumo y la emulación de élite en los estados emergentes del Cercano Oriente de la Edad del Hierro, impulsaron el crecimiento del comercio de aromáticos (incienso y mirra) del sur de Arabia. La domesticación del camello en los primeros siglos del primer milenio a.C. permitió mayores distancias de viaje y dio a los grupos pastorales un mayor grado de autonomía con respecto a sus vecinos sedentarios. Dado que el tráfico directo desde el Hejaz hacia el sur de Mesopotamia no existió hasta el período neobabilónico, las caravanas de camellos tuvieron que atravesar las rutas desérticas de Arabia occidental y el sur del Levante. Las ciudades, tribus y jefaturas situadas a lo largo del camino, como Edom, Taima y Dedán, adquirieron importantes fuentes de ingresos gracias a la prestación de servicios como intermediarios y a la imposición de peajes (Tebes, 2013: 45-49). La magnitud de esta prosperidad recién adquirida no pasó desapercibida para las potencias del Cercano Oriente como Asiria y Babilonia e incluso para los pequeños estados como Judá, que intentaron por todos

los medios controlar las rutas del desierto o al menos cooptar a los jefes tribales.

Al analizar los documentos mesopotámicos que se refieren a los pueblos árabes es necesario tener en cuenta que estas fuentes exhiben repetidamente el sesgo clásico contra las sociedades “primitivas” que viven en el desierto estéril, retórica que suele invitar a intervenciones militares. No es de extrañar que el primer testimonio de los árabes en las fuentes cuneiformes aparezca en un contexto militar, la lista de los líderes levantinos que se opusieron al ejército de Salmanasar III en Qarqar en el año 853. Uno de los líderes fue “Gindibu el árabe”, cuyo ejército reunió 1.000 camellos. Aunque se desconoce el centro del poder de Gindibu, la ubicación de sus socios, entre ellos los reyes de Damasco, Israel, Hamat y Ammon en Transjordania, y el escenario de la batalla final sugieren que su base estaba en la zona de Wadi Sirhan (Eph’al, 1982: 75-76; Retsö, 2003: 127). Es obvio a partir de estas fuentes que las operaciones militares asirias contra los árabes eran solo parte de una estrategia más amplia dirigida a subyugar a los estados levantinos que controlaban los puntos finales del comercio árabe.

Como en el caso de los “reyes” de Edom, los asirios interpretaban las realidades sociales del norte de Arabia según sus propias categorías políticas, identificando como “reyes” a los diferentes tipos de jefes y jeques que se encontraban en el camino. A partir de finales del siglo VIII a.C., las fuentes asirias comienzan a informar sobre la existencia de reinas árabes, identificadas por el término acadio *šarratu*, entre ellas Zabibe y Shamsi en tiempos de Tiglat-pileser III (730s), quien designó un *qēpu* para controlar a la segunda. Durante el reinado de Sargón II, los documentos asirios comienzan a registrar la subyugación de los pueblos árabes no situados directamente en la periferia de Siria-Mesopotamia, como Efa, Thamud, Marsimani e Ibadidi. Sargón II también menciona de nuevo a la reina Shamsi y a It’amara el sabeo (Eph’al, 1982: 81-92, 105-111; Retsö, 2003: 129-136, 149-150). Si estas referencias se tomaran al pie de la letra, esto significaría la extensión del dominio asirio a una gran parte del noroeste de Arabia, lo que parece poco probable; más bien, los alardeos de Sargón pueden interpretarse como el envío de regalos por parte de estos y otros grupos árabes, interpretados por los asirios como tributo.

Pero la mayoría de los conflictos entre asirios y árabes a finales del siglo VIII y a lo largo del VII a.C. no iban a localizarse en las tierras desérticas, sino en la región fronteriza del sudeste de Mesopotamia, donde existía una considerable población árabe. Los documentos de la época de Senaquerib mencionan a Bashqanu, hermano de la reina Yathi'e, entre los jefes enemigos capturados en la campaña contra Babilonia (703). Años más tarde (691-689) Senaquerib derrota al rey Haza'il y a la reina Te'elhunu, persiguiéndolos hasta la ciudad de Adummatu (Eph'al, 1982: 112-125; Retsö, 2003: 153-155).

Estos jefes árabes son llamados "rey de Quedar" y "rey de los árabes", aunque la relación entre estos términos es difícil de discernir, porque las fuentes asirias identifican a Haza'il y a sus hijos de una manera u otra, pero las reinas solo son llamadas "reinas de los árabes". Ciertamente tienen una relación cercana, pero no son la misma entidad. Aunque nuestras fuentes mencionan la existencia de ciudades en el desierto sirio-arábigo, no sabemos si fueron la base del poder de las tribus árabes o solo sus aliados. Una de estas ciudades fue Adummatu, llamada "la fortaleza de los árabes" por un informe de la época de Asarhadón, muy probablemente la Duma bíblica y la moderna Dumat al-Jandal, la principal ciudad oasis de la depresión de Jauf en Wadi Sirhan y la puerta de entrada más importante para el comercio arábigo en Mesopotamia en tiempos antiguos. Desafortunadamente, las excavaciones recientes en la zona todavía no han alcanzado los niveles de la Edad del Hierro (Anthonioz, 2015).

La importancia del Desierto de Siria para los asirios se refleja en la política "apaciguadora" de Asarhadón hacia Haza'il, para quien restauró y devolvió las estatuas de sus dioses que habían sido confiscadas por Senaquerib. También instaló a la princesa Tabu'a, que había sido deportada a Nínive y criada en la corte asiria, en la posición de "reina de los árabes". Después de su muerte, Asarhadón hizo rey a su hijo Yautha', quien puede considerarse un "rey títere" a todos los efectos, ya que necesitó de la intervención asiria (entre los años 676 y 673) cuando un tal Uabu intentó derrocarlo. El hecho de que el apoyo asirio no fuera gratuito puede verse en el enorme tributo que entregó a Asarhadón, probable razón por la que Yautha' mismo se rebeló, siendo derrotado (Eph'al, 1982: 127-137; Retsö, 2003: 158-161).

Las guerras árabes durante los reinados de Senaquerib y Asarhadón fueron solo el prólogo de conflictos mucho más amplios que estallaron durante el reinado de Asurbanipal y que incluyeron una guerra civil en Babilonia y batallas hasta el sur de Transjordania (Eph'al, 1982: 142-169; Retsö, 2003: 161-171). En una primera fase (antes de 652) el reinstalado Yautha' se rebeló y fue derrotado junto a sus aliados la reina Atiya y el rey Ammuladin. Típico fue el reemplazo de Yautha' por otro jefe, esta vez Abiyate, y típica fue la revuelta de este último. La segunda fase (entre 652 y 648) implicó la guerra entre Asurbanipal y su hermano mayor, Shamah-shum-ukin, gobernador de Babilonia, quien fue apoyado por aliados árabes como Abiyate y Yuhaythi'i rey de Šhumui'l, luego derrotados. Durante la última fase (641-638), se llevó a cabo una segunda campaña contra las tribus árabes en el desierto sirio.

Durante los períodos babilónico y aqueménida, la información sobre la región sirio-arábigo es escasa. Para el reinado de Nabucodonosor II, la Crónica Babilónica solo informa una campaña contra los árabes en su sexto año (599/8). La principal participación de una potencia mesopotámica en los asuntos árabes fue la famosa campaña de Nabónido a Siria, Edom y el norte de Arabia en el año 553 y el establecimiento de su residencia en la ciudad-oasis de Taima durante diez años (552-543). Nabónido afirma haber conquistado seis oasis en el noroeste de Arabia: Tema (Taima), Dadanu (Dedán), Padakku (Fadak), Hibra (Khaybar), Iadihu (Yadí'a) e Iatribu (Yathrib/Medina) (Eph'al, 1982: 180-181; Retsö, 2003: 182-183). Una inscripción en relieve y cuneiforme descubierta recientemente en al-Hait y que menciona al rey Nabónido y el topónimo Padakku, probablemente el antiguo nombre de al-Hait, da crédito al relato de Nabónido (Hausleiter & Schaudig, 2016). Se han debatido mucho los motivos de la mudanza de Nabónido a Arabia, aunque lo que es cierto es que Babilonia controló, aunque por un breve período de tiempo, el comercio terrestre arábigo directamente sin la intermediación de poderes locales como Edom y Taima.

Poco se sabe sobre el alcance de la intervención persa en Arabia. La mayor parte de lo que sabemos se relaciona, como hemos visto, con la relación mutuamente beneficiosa establecida entre el imperio aqueménida y los árabes que vivían en el Negev y el Sinaí, que probablemente se inició durante la campaña egipcia de Cambises

en el año 525. Una situación similar puede haber ocurrido con los árabes que vivían en Siria, el norte de Arabia, y especialmente en Mesopotamia. Correspondencia privada encontrada en Nippur, Sippar y Uruk que data del período neobabilónico y de principios del persa atestigua la presencia de árabes que vivían en las ciudades de Mesopotamia y que participaban en diferentes tipos de actividades económicas (Eph'al, 1982: 188-191; Retsö, 2003: 190-191), una prueba más del nivel de integración que los árabes alcanzaron en la vida cotidiana de las sociedades urbanas mesopotámicas tras un largo proceso que comenzó durante el apogeo de Asiria.

Taima

Mientras que la mayoría de la población del norte de Arabia durante el primer milenio a.C. vivía del semipastoreo nómada, nuestra principal evidencia material proviene de los centros urbanos que se desarrollaron en los oasis locales. El más conocido es Taima, cuyo casco antiguo estaba rodeado por un sistema de murallas con recintos fortificados interiores. Contrariamente a las primeras interpretaciones arqueológicas que veían el crecimiento de Taima a partir de la Edad del Bronce tardío/principios del Hierro, las excavaciones actuales han revelado evidencias de ocupación sedentaria desde finales del IV milenio a.C. El asentamiento parece haberse expandido sustancialmente hacia mediados del II milenio a.C., dotándose de un enorme muro. Aunque no se encontraron edificios de esta época, se han excavado tumbas circulares de “guerreros” con armas como objetos funerarios en el área de al-Nasim, que datan provisionalmente del II milenio a.C. pero que probablemente se extienden hasta mediados del primero (Hausleiter & Zur, 2016). Estos hallazgos son consistentes con las evidencias de ocupación humana desde la primera parte de la Edad del Bronce tardío en Qurayyah, al noroeste de Taima, aunque hasta ahora los vestigios arqueológicos se limitan a la producción de cerámica y no tanto a restos arquitectónicos (Luciani & Saud, 2018).

Firme evidencia arqueológica, incluyendo arquitectura monumental, solo aparece en Taima a principios de la Edad de Hierro (siglos XII-IX a.C.), la mayor parte de la cual está relacionada con

la etapa de la hegemonía de Egipto durante el período ramésida. El más impresionante de estos restos es un edificio identificado como un templo debido a los objetos culturales encontrados en su interior (Hausleiter, 2013: 314-317). Una inscripción rupestre de Ramsés III recientemente descubierta al oeste de Taima, similar a las inscripciones rocosas de este faraón grabadas en el centro del Sinaí y en el sur del Negev en las rutas hacia las minas de Serabit el-Khadem y Timna, confirma la presencia de una expedición egipcia en el norte de Arabia (Somaglino & Tallet, 2011). Los hallazgos de grandes cantidades de cerámica decorada tipo Qurayyah en las minas de Timna operadas por los egipcios, aparentemente llevadas por población del norte de Arabia que trabajaba allí, sugieren que los egipcios eran conscientes de las oportunidades mineras en Arabia.

El final del *boom* de la minería de principios de la Edad del Hierro está probablemente detrás de la ausencia de arquitectura monumental en los siglos posteriores. La mayor parte de la evidencia subsiguiente proviene de los cementerios en los alrededores de Taima, particularmente los de Sana'iye y Tal'a, datados entre los siglos IX y V a.C. Consisten de estructuras funerarias rectangulares, algunas de ellas colectivas, con conjuntos mortuorios que atestiguan cierta estratificación social, en particular objetos de fayenza, un escarabajo y un ojo Udjat de estilo egipcio. Algunas de las tumbas tenían pequeñas estelas funerarias con grabados e inscripciones en escritura taimanita que se refieren al difunto (Hausleiter & Zur, 2016: 140-142).

Taima aparece por primera vez mencionado en las fuentes del Cercano Oriente del siglo VIII a.C., coincidiendo con el crecimiento del comercio del incienso. No conocemos el contexto de las relaciones entre Taima y Mesopotamia hasta mediados del siglo VIII, cuando un gobernador de Suhu y Mari saqueó una caravana de camellos de "gente de Tema' y Saba'", lo que indica claramente el papel central de Taima en el comercio interregional de la época. Décadas más tarde, las inscripciones de Tiglat-pileser III y Sargón II mencionan a los taimanitas junto a otros pueblos trayendo oro, plata, toda clase de plantas aromáticas y camellos. A partir de este momento, Taima aparecerá en las inscripciones asirias de los siglos VIII y VII a.C. en el contexto de operaciones comerciales o militares (Eph'al, 1982: 87-89).

El período histórico más famoso de Taima fue la residencia del rey babilónico Nabónido en la ciudad entre los años 552-543. Los documentos babilónicos indican que Nabónido mató al rey (*malku*) de Taima y construyó un palacio “como el palacio de Babilonia” (Eph’al, 1982: 180). Paradójicamente, la residencia de Nabónido en Taima no puede vincularse a ningún resto arquitectónico, aunque las inscripciones locales atestiguan su presencia en la zona, especialmente un fragmento de estela con paralelismos estilísticos exclusivos de las inscripciones reales de Nabónido y un grupo de inscripciones taimanitas encontradas en los alrededores de Taima y escritas por funcionarios al servicio de Nabónido, probablemente individuos de origen árabe (Hausleiter, 2013: 318-319).

Pero la importancia de Taima disminuyó después de finales del imperio aqueménida, en paralelo con la importancia ascendente de la dinastía lihyanita de Dedán en el sur. No sabemos mucho sobre esta transferencia de poder, pero las inscripciones en roca en los alrededores de Taima registran “guerras” entre Taima y Dedán, Massa y Nabayat. Taima parece haber caído bajo la hegemonía de Dedán, a juzgar por cuatro inscripciones del rey Tulmay de Dedán y fragmentos de grandes estatuas reales idénticas a las encontradas en al-Khuraybah (Dedán) (Hausleiter, 2013: 311-314; Hausleiter & Zur, 2016: 161-162). Estos hallazgos parecen marcar el final de la preeminencia de Taima y el comienzo de la hegemonía dedanita.

Dedán

Si solo podemos adivinar el proceso del ascenso de Dedán sobre Taima por los pocos objetos e inscripciones lihyanitas que se encuentran en este último, mucho menos se sabe sobre la historia política de Dedán, localizado al suroeste de Taima en una importante intersección de rutas que conducen a Mesopotamia y que fue clave para su éxito en el comercio arábigo.

La arqueología de Dedán se encuentra en sus primeras etapas y actualmente se están realizando excavaciones en varios lugares (Al-Said, 2010; Al-Said *et al.*, 2018). La zona de al-'Ula, en la parte sur, era probablemente una zona residencial, con restos de cimientos y muros de casas. El sitio de al-Khuraybah, al noreste, es la zona más prometedora, ya que contiene un grupo de tumbas excavadas en la montaña probablemente datadas en el período

lihyanita. Las excavaciones actuales revelaron restos de un templo rectangular con varios objetos de culto, incluyendo fragmentos de estatuas de reyes de Lihyan. Un lugar de importancia es Jabal Dedan, al este de al-'Ula, con tumbas lihyanitas excavadas en el acantilado de la montaña con entradas decoradas, incluidas las de los miembros de la comunidad minaea del sur de Arabia que vivían en Dedán.

Dedan era justamente famoso por su riqueza proveniente del comercio. En la Biblia, Dedán está asociado con la actividad mercantil en conjunción con Qedar, Seba y Rama (Is 21: 13; Ez 27: 15, 20-22; 38: 13). Las referencias bíblicas a Dedán junto con los sabeos no son azarosas, porque Dedán era de hecho un punto importante para los comerciantes del sur de Arabia. Ya a finales del siglo V o principios del IV a.C. se estableció en Dedán una colonia de comerciantes minaeos del sur de Arabia. Varias inscripciones minaeas encontradas en la ciudad capital de Ma'in (antigua Qarnaw) registran matrimonios entre personas minaeas y mujeres extranjeras, entre ellas nueve mujeres de Dedán. Las inscripciones minaeas grabadas en Jabal Dedan atestiguan su presencia y sus actividades comerciales (Farès-Drappeau, 2005: 49-51).

La historia de Dedán se divide tradicionalmente en dos períodos: un período dedanita aún poco conocido con gobernantes locales y un período posterior bajo una dinastía lihyanita. El hecho de que allí hubiera reyes se deduce claramente de la afirmación de Nabónido de haber derrotado a un "rey (*šarru*) de Dedán" (Eph'al, 1982: 181), pero son pocos los que se conocen por su nombre en las inscripciones dedanitas locales. Una inscripción en una tumba de al-'Ula menciona a un cierto Kabir'il b. Mata'il, llamado "rey (*mlk*) de Dedán", mientras que otra se refiere a Mata'il b. Dharah'il, posiblemente su padre. Una inscripción recientemente descubierta cerca del templo principal de al-Khuraybah menciona el nombre de otro rey, "Asi rey (*mlk*) de Dedán" (Al-Said, 2011). Probablemente del período aqueménida es la ya mencionada inscripción encontrada cerca de al-'Ula que se refiere a "gšm b. šhr y 'bd gobernante de Dedán", aunque su relación con el adversario de Nehemías, Gesem el árabe y el Gesem, rey de Qedar de la inscripción de Tell el-Maskhuta, es incierta. En algún momento entre los siglos V y IV a.C. y continuando en tiempos helenísticos, el reino de Dedán fue sucedido por una línea de reyes de Lihyan.

De las varias inscripciones lihyanitas encontradas en al-'Ula conocemos unos ocho nombres, que se identifican con los títulos de "rey" (*mlk*) y "jefes de la sociedad" (*kbr h-š't*) (Farès-Drappeau, 2005: 100).

Conclusión

En el primer milenio a.C. las vastas áreas que comprenden el Negev, el sur de Transjordania y el desierto sirio-arábigo estaban integradas por regiones de geografía diversa y habitadas por pueblos de diversa procedencia étnica, pero sin embargo compartían realidades sociales similares, estaban económicamente muy integradas y, en muchos aspectos, constituían una única provincia cultural. Sería tentador atribuir la emergencia de la complejidad social al impulso proporcionado por las intervenciones militares de los poderes imperiales mesopotámicos y la creciente demanda de bienes exóticos por parte de las metrópolis del Creciente Fértil. Desde ya, la influencia externa jugó un papel importantísimo en la configuración política de las sociedades locales, pero el desarrollo urbanístico en las ciudades-oasis del norte de Arabia durante el II milenio a.C. demuestra un lento proceso de complejización social –o al menos uno que es reconocible arqueológicamente– que adquiriría su punto más álgido cuando Asiria, Babilonia y Persia pusieron el foco en los reyes, reinas y jeques locales. Pero, a la vez, no debemos exagerar el nivel de desarrollo sociopolítico local, en la medida en que las fuentes escritas de los poderes imperiales mesopotámicos –en especial las neosirias– tenían todo el interés de transformar los actos de sumisión de pequeños jefes tribales árabes (básicamente, tributación y envíos de regalos) en el reconocimiento de la soberanía imperial por parte de "todos los reyes de la Arabia".

Bibliografía

- Al-Said, S.F. (2010). "Dedan (al-Ula)", en A.I. Al-Ghabban *et al.* (eds.), *Roads to Arabia: Archaeology and History of the Kingdom of Saudi Arabia*, Paris, 262-269.
- Al-Said, S.F. (2011). "Recent Epigraphic Evidence from the Excavations at Al-'Ula Reveals a New King of Dadan", *Arabian Archaeology and Epigraphy*, 22, 196-200.

- Al-Said, S.F. *et al.* (2018). "Results of the Excavations at Dadan (Khuraybah) in al-'Ula (Fifth Season 1429H/2008), Saud University - Department of Archaeology", *Atlal*, 25, 96-110. (Árabe)
- Anthonioz, S. (2015). "Adummatu, Qedar and the Assyrian Question in Neo-Assyrian Sources", en G. Charloux & R. Loreto (eds.), *Dūma III: The 2012 Report of the Saudi-Italian-French Archaeological Project in Dumat al-Jandal*, Riyadh, 17-39.
- Bartlett, J.R. (1989). *Edom and the Edomites*, Sheffield.
- Ben-Shlomo, D. (2014). "Tell Jemmeh, Philistia and the Neo-Assyrian Empire during the Late Iron Age", *Levant*, 46/1, 58-88.
- Bienkowski, P. (1995). "The Architecture of Edom", *Studies in the History and Archaeology of Jordan*, 5, 135-143.
- Bienkowski, P. (2009). "'Tribalism' and 'Segmentary Society' in Iron Age Transjordan", en P. Bienkowski (ed.), *Studies on Iron Age Moab and Neighbouring Areas in Honour of Michèle Daviau*, Leuven, 7-26.
- Bienkowski, P. (2013). "The Iron Age in Petra and the Issue of Continuity with Nabataean Occupation", en M. Mouton & S. Schmid (eds.), *Men on the Rocks: The Formation of Nabataean Petra*, Berlin, 23-34.
- Bienkowski, P. & van der Steen, E. (2001). "Tribes, Trade and Towns: A New Framework for the Late Iron Age in Southern Jordan and the Negev", *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 323, 21-47.
- Da Riva, R. (2019). "The King of the Rock Revisited: The Site of as-Sila (Tafila, Jordan) and the Inscription of Nabonidus of Babylon", en P.S. Avetisyan, R. Dan & Y.H. Grekyan (eds.), *Over the Mountains and Far Away: Studies in Ancient Near Eastern History and Archaeology Presented to Mirjo Salvini*, Oxford, 161-174.
- Eph'al, I. (1982). *The Ancient Arabs: Nomads on the Borders of the Fertile Crescent, 9th-5th Centuries BC*, Leiden.
- Farès-Drappeau, S. (2005). *Dédan et Lihyān. Histoire des Arabes aux confins des pouvoirs perse et hellénistique (IV^e-II^e s. avant l'ère chrétienne)*, Lyon.
- Finkelstein, I. (2013). "Notes on the Historical Setting of Kuntillet 'Ajrud", *Maarav*, 20/1, 13-25.
- Finkelstein, I. (2014). "The Southern Steppe of the Levant ca. 1050-750 BCE: A Framework for a Territorial History", *Palestine Exploration Quarterly*, 146/2, 89-104.
- Graf, D.F. (2015). "Arabs in Palestine from the Neo-Assyrian to the Persian Periods", *Aram*, 27/1-2, 283-299.
- Hausleiter, A. (2013). "Divine Representations at Taymā'", en I. Sachet (ed.), *Dieux et déesses d'Arabie images et représentations*, Paris, 299-338.
- Hausleiter, A. & Schaudig, H. (2016). "Rock Relief and Cuneiform Inscription of King Nabonidus at al-Hāit (Province of Hāil, Saudi Arabia), ancient Padakku", *Zeitschrift für Orient-Archäologie*, 9, 224-240.
- Hausleiter, A. & Zur, A. (2016). "Taymā' in the Bronze Age (c. 2,000 BCE): Settlement and Funerary

- Landscapes”, en M. Luciani (ed.), *The Archaeology of North Arabia: Oases and Landscapes*, Vienna, 135-171.
- Levy, T.E., Najjar, M. & Ben-Yosef, E. (2014) (eds.). *New Insights into the Iron Age Archaeology of Edom, Southern Jordan: Surveys, Excavations, and Research from the University of California, San Diego & Department of Antiquities of Jordan, Edom Lowlands Regional Archaeology Project (ELRAP)*, Los Angeles.
- Luciani, M. & Alsaud, A.S. (2018). “The New Archaeological Joint Project on the Site of Qurayyah, North-West Arabia: Results of the First Two Excavation Seasons”, *Proceedings of the Seminar for Arabian Studies*, 48, 165-184.
- Millard, A. (1992). “Assyrian involvement in Edom”, en P. Bienkowski (ed.), *Early Edom and Moab: the Beginning of the Iron Age in Southern Jordan*, Oxford, 35-39.
- Na’aman, N. (1979). “The Brook of Egypt and Assyrian Policy on the Border of Egypt”, *Tel Aviv*, 6/1-2, 68-90.
- Perdue, L.G. et al. (1997). *Families in Ancient Israel*, Louisville.
- Porter, B.W. (2004). “Authority, Polity, and Tenuous Elites in Iron Age Edom (Jordan)”, *Oxford Journal of Archaeology*, 23/4, 373-395.
- Retsö, J. (2003). *The Arabs in Antiquity: Their History from the Assyrians to the Umayyads*, London-New York.
- Routledge, B. (2000). “The Politics of Meshah: Segmented Identities and State Formation in Iron Age Moab”, *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 43/3, 221-256.
- Routledge, B. (2003). “Evolution is as History Does: On State Formation in Iron Age Transjordan”, en D.R. Clark & V.H. Matthews (eds.), *One Hundred Years of American Archaeology in the Middle East*, Boston, 231-261.
- Somaglino, C. & Tallet, P. (2011). “Une mystérieuse route sud-orientale sous le règne de Ramsès III”, *Bulletin de l’Institut Français d’Archéologie Orientale*, 111, 361-369.
- Tebes, J.M. (2008). *Centro y periferia en el mundo antiguo. El Negev y sus interacciones con Egipto, Asiria, y el Levante en la Edad del Hierro (1200-586 a.C.)*, Atlanta-Buenos Aires.
- Tebes, J.M. (2013). *Nómadas en la encrucijada. Sociedad, ideología y poder en los márgenes áridos del Levante meridional del primer milenio a.C.*, Oxford.
- Tebes, J.M. (2016a). “Quelques suggestions sur les toponymes ‘édomites’ du Cylindre Rassam (Prisme A) d’Assurbanipal”, *Nouvelles Assyriologiques Brèves et Utilitaires*, 2016/3, 127-130.
- Tebes, J.M. (2016b). “La memoria colectiva judía sobre Edom y su rol en la formación de la identidad nacional judía en la Antigüedad”, *Antiguo Oriente*, 14, 65-98.
- Thareani, Y. (2014). “‘The Self-Destruction of Diversity’: A Tale of the Last Days in Judah’s Negev Towns”, *Antiguo Oriente*, 12, 185-224.
- Yardeni, A. (2016). *The Jeselsohn Collection of Aramaic Ostraca from Idumea*, Jerusalem.